

es algo tan distinto! Hermano, amigo fiel, eso sí. ¡Pero el amante, que necesita acariciar, admirar, besar!... ¡Genoveva convertida en aquella ruina dolorosa y lamentable!

Andrés experimentaba la sensación de estar pasando por un sueño malo. Todas sus esperanzas se rompían, parecía que un embrujamiento dominase su vida.

Pasos pesados hicieron crujir la arena rojiza del caminito bordeado de pasto grueso. Levantó la cabeza:

—¡Hola, don José!

Y el cura, sorprendido:

—¡Caramba, Andresito! ¿Tomando el fresco con este aire y esta obscuridad?

El, entonces, dijo con voz opaca:

—Estuve a visitar a Genoveva.

El viejo, que conocía la historia de su pasión y su esperanza, sentóse sin vacilar al lado suyo.

—¿Qué piensas, entonces?

No contestó. Don José apoyó en una de las rodillas del mozo sus anchas manos, lo miró fijamente un rato por encima de las gafas y movió la cabeza, descontento.

—Está muy cambiada, ¿eh? Yo la recuerdo como cuando tú la conociste. Ahora, siendo menor que tú, parece que te llevara diez años.

Como el otro no contestara, prosiguió el viejo, agitado:

—¿Crearás que es el tiempo o los trabajos lo que la ha dejado así? No, no. Hay por medio una de esas historias que le ponen a uno algo invisible atravesado en la garganta cuando la recuerda o la cuenta... ¿Viste a María Agustina? Igual al padre, ¿no? Pues a medida que la muchacha crecía, Genoveva parecía, por el contraste, sin duda, más joven y bonita. Cuando salían juntas, la madre, tan blanca y delgada; la hija, voluminosa y velluda, todos comentaban:

—¡Dios Santo! ¡Si María Agustina parece la mayor!

Y hubo gente, torpe o ruín, que dió en decirlo, con risas bobas, delante de la muchacha. Y ésta empezó a tener celos de la madre. Genoveva, que junto a su bruto marido y a su padre, de alma tacaña, se había dado a adorar a su chiquilla, sin parar mientes en lo desagradable que era, sufría mucho, y la alabanza a su belleza fué haciéndosele pesada. Procuró pasar inadvertida y corregir el mal físico de María Agustina... ¡Nada! Ella, siempre linda; la otra, siempre fea y cada vez más amargada por aquella desigualdad, en la cual le tocaba la peor parte. Egoísta, chica de corazón, el padre en pinta. Hubiera llegado a odiar a la madre. Dejaron de salir juntas, pues María Agustina volvía de cada paseo con un humor de perros, llena de velados reproches, que a veces hacían

lagrimear a la pobre Genoveva. Entonces ésta fué a verme un día y, llorando, me lo contó todo, pidiéndome consejo. ¡Caray, Andresito, era un caso delicado! Le dije lo que buena mente se me ocurrió para consolarla, pero aquello me parecía un nudo demasiado apretado para que diera mi caletre con el modo de deshacerlo. No tengo un espíritu sutil y para estas cosas no basta creer en Dios y ser honrado. No hice, pues, más que sufrir con ella. Entonces la pobrecita se puso a pensar sola. ¡Nuestro Señor sabe las noches que habrá pasado sin dormir hasta el día que me dijo, muy contenta:

—Don José, la Virgen Santísima me ha iluminado. Ahora ya sé lo que tengo que hacer.

Por nada quiso confiarme el secreto. Yo, que la conozco y sé lo buena que es, quedé tranquilo...

Al mucho tiempo, una noche, en la botica de Javier, le oí decir al doctor Alonso:

—¡Qué fea se ha puesto Genoveva Souza! Ha envejecido de golpe.

Cuando a la mañana siguiente fuí a verla, me acordé, de golpe, de aquello. Tenía razón el viejo cegatón, ¡caramba! ¡Y yo que la veía todos los días, ni siquiera me había dado cuenta del cambio! Enflaquecía y se agobiaba; se

peinaba tirante, tenía ya la boca hundida, los pómulos filosos, el color amarillo. Le pregunté si estaba enferma y me dijo, con una sonrisa que me partió el alma:

—No, don José. Al contrario, estoy sana. Pero es que he encontrado el remedio para ser feliz y para que también lo sea la pobre Nina...

Cierto: el mal bicho de María Agustina ya no la miraba hosca y de nuevo empezaron a salir juntas y a ser compañeras. No atendió mis protestas. Los curas siempre sermoneamos contra la vanidad de las cosas materiales; pero, ¡caray!, el sacrificio de la pobre muchacha me parecía monstruoso. ¡Hay que pensar lo que debe ser para toda mujer su cara bonita, y para darse cuenta de la grandeza del sacrificio de Genoveva, afeándose voluntariamente por conservar el amor de su hija...

Resoplaba, emocionado, el viejo. Tal vez tenía los ojos llenos de lágrimas, pues en la voz se le notaba ese temblor del esfuerzo por contener el llanto. Andrés Luna era un mozo feo. Pero aquella noche, en la plaza de su pueblo, con la cara entre las manos, como un muchacho chico y desamparado, sollozó de un modo que daba pena.

JUANA DE IBARBOURO

(La Nación, Buenos Aires).

La farsa Panamericana de Santiago

EL «PANAMERICANISMO» VERBAL.

ALGUNAS docenas de diplomáticos y burócratas de nuestra América Latina acaban de reunirse en Santiago de Chile para expresar sentimientos de fino amor y respeto a los agentes diplomáticos de Estados Unidos, empresarios y aprovechadores del oblicuo panamericanismo que tiene por objeto principal reducir todo el continente a la humilde situación de colonia yanqui.

El variado y múltiple programa de esta conferencia oficial estaba destinado a disimular, bajo benéficas conveniencias para las víctimas, las intenciones voraces de sus victimarios. ¿Podrían los pueblos latino-americanos considerarse traicionados por sus gobiernos que se han adherido a la conferencia? Nadie ignora, en efecto, que los más de esos gobiernos viven en servil adulación del capitalismo yanqui, del que ya son deudores y al cual piensan acudir cada vez que su inepticia administrativa los obligue a hipotecar sus patrias contrayendo nuevos empréstitos, a cambio de concesiones que aseguren el contralor extranjero sobre las fuentes de producción petrolera, minera, agraria y pecuaria.

Que la conferencia ha sido una farsa, una protocolar y diplomática farsa, lo deducimos del conocimiento que tenemos de los delegados latino-americanos. Con rara excepción, todos miran a Estados Unidos con antipatía y desconfianza; muchos, acaso la mayoría, odian a Estados Unidos; algunos han escrito anteriormente páginas de fuego contra el imperialismo yanqui. Y, sin embargo, los hemos visto en Santiago haciendo de coristas en la gran representación pan-americana, entre humillados y farisaicos, besando la mano de sus prestamistas pasados y futuros.

Sepan los yanquis, sepan los gobiernos, sepan sus agentes, que el verdadero presentimiento de esos mismos delegados a la conferencia no es pan-americano sino latino-americano. Sepan que muchas de las mentiras diplomáticas allí pronunciadas están en abierta contradicción con el pensamiento de los mismos que las pronunciaron. Sepan que todavía no han corrompido una inteligencia independiente ni seducido un corazón libre, aunque los discursos oficiales les hagan creer otra cosa. El panamericanismo de Santiago ha sido una adhe-